

LARRA EN EL PENSAMIENTO POLÍTICO ARGENTINO

JOSÉ A. FERNÁNDEZ DE CASTRO

Figaro es, pues, y significa mucho más de lo que a primera vista pudo creerse. Su gloria crece a medida que el tiempo transcurre. Y contraste fiel de lo que persiste en el aprecio de las generaciones intelectuales que se van sucediendo es el hecho de que ninguna de éstas, ni aun las más demolidoras, ha osado nunca atacar la incommovible figura del magno escritor. Se le siente conciencia inmarcesible, colocada por cima (y por cimera) de las modas fugaces y de los gustos del tiempo. Su obra se revisa a cada generación con afecto y pleitesía. Y a cada nuevo regreso a la obra de Larra, va deduciéndose de ella nuevos tesoros de concepto, de actitud y de forma.—Antonio Espina, 1934.

a). Figaro, un combatiente más en el “conflicto entre civilización y barbarie” americanas

Si en Cuba el conocimiento de la obra de Larra entre los literatos criollos que integraron el grupo de amigos y discípulos de Domingo del Monte, fué temprano y trascendente—1828-45—siendo su influencia fácilmente discernible en varias de las producciones de aquellos, y en México ocurre algo semejante aunque en escala más reducida—1841 *et seq.*—en los países del Sur: Uruguay, Argentina y Chile, la huella del joven pensador madrileño entre los escritores más representativos de la generación de 1838, es mucho más intensa y notoria que en el resto de la América española de aquélla época. Puede afirmarse, dada la devoción intelectual y la afinidad ideológica que logró Larra despertar en los espíritus rebeldes de Esteban Echeverría, Juan B. Alberdi, Miguel Cané,

LARRA Y ARGENTINA

Domingo Sarmiento, Juan M. Gutiérrez, Vicente F. López y otros, que fué Fígaro *duca e signore* de todos los nombrados. En la lucha política en que estos escritores intervinieron en el “conflicto entre civilización y barbarie” empeñado en las márgenes del Plata y en la República del Pacífico, Fígaro fué, al lado de aquellos enérgicos combatientes por la libertad y la justicia humanas—concebidas desde un punto de vista revolucionario—un combatiente más. El “Peregrino de su Patria” donde al morir no había dejado, según la gráfica expresión de José Bergamin, sino “huellas sobre la arena”, en el medio suramericano logró crear en torno a su obra grupos de intelectuales que se consagraron a difundir sus enseñanzas *sociales*, llegando a formar asociaciones de marcado carácter político con el propósito de obtener un cambio en la situación general. Su influencia fué tan notoria en este aspecto que, a pesar de haber sido delimitada en otros, por estudios anteriores de J. M. Rhode y J. A. Oria, siguiendo las huellas de J. Enrique Rodó y Arturo Farinelli, aún me parece que queda amplio margen al comentario.

Saludables enseñanzas renovadoras había difundido ya entre las juventudes argentina y chilena, como más tarde en la peruana, el raro ejemplar de hombre y escritor que fué el español liberal José Joaquín Mora, amigo y compañero de empresas intelectuales del revolucionario Vicente Rocafuerte desde los días en que se publicaba en Londres, con dinero procedente de los empréstitos de México, el famoso e influyente periódico *Ocios de los Emigrados Españoles*. Mora, decidido partidario y sostenedor de la causa de la emancipación americana—mereciendo por este motivo en la pluma del polígrafo Menéndez y Pelayo el epíteto de “mal español”—había introducido desde las páginas de *La Crónica*, de Buenos Aires, nombres e ideas europeas que enriquecieron el caudal ideológico de la joven generación. Prolongaba así Mora, en el tiempo y en el espacio, los

EL TRIMESTRE ECONOMICO

beneficiosos ejemplos y enseñanzas que en todo el continente había logrado difundir antes aquel grupo de españoles que se llamaron Quintana, Blanco White, Cangas Argüelles, J. L. Villanueva, quienes en el terreno intelectual, tomaron idéntica actitud que la del activo combatiente por la independencia de América, Francisco Javier Mina, logrando por ello el justo renombre y la admiración respetuosa que aun les profesamos las generaciones actuales de americanos conscientes.

A las prédicas de Mora, un poco desvanecidas por los años, se añadirán ahora actuando espléndidamente como reactivo sobre el núcleo intelectual argentino en formación, las del joven escritor madrileño recién desaparecido por propia voluntad y cuyas ideas no fueron tomadas en cuenta en su patria por los numerosos y hoy anónimos hombres sensatos que dirigieron durante tantos años los destinos de España, a quienes el propio Larra pintara con rasgos inimitables tan admirados de la posteridad, en artículos profundos y al par llenos de gracia: *El Hombre Globo*, *El Ministerial*, *La Calamidad Europea*...

b). Un homenaje musical y un Figarillo Americano

La primera mención que he logrado encontrar de Fígaro en las publicaciones bonaerenses de la época, ocurre a los escasos diez meses de su muerte en las centenarias páginas de la agilísmia revista semanal *La Moda* que redactaron Juan B. Alberdi—el futuro gran autor de las *Bases*, *El crimen de la Guerra* y tantas otras obras fundamentales en la ideología americana del siglo XIX—y otros compañeros suyos en años juveniles e ideas avanzadas. En el segundo número—25 de Nov. de 1837—de ese aparentemente inofensivo *gacetín semanal de música, de poesía, de literatura y de costumbre*, que tal reza ingenuamente su portada—se lee en la p. 4:

LARRA Y ARGENTINA

BOLETÍN MUSICAL

Fígaro. — Minué por A.

“Todo se dice en música” ha dicho Rossini, y el autor del Minué ha intentado probarlo ensayando un retrato musical de Fígaro, haber (sic) también si por este medio se consigue despertar (sic) las simpatías de nuestro bello mundo, por el libro más gracioso, más instructivo y más bello que la España haya producido de cien años a esta parte. Los que deseen ver una muestra cabal de una literatura socialista y progresiva, lean a Larra. Bajo sus formas al parecer ligeras, hallarán, sin embargo, el espíritu más serio y más profundo. Este talento inimitable se ha quitado la vida: se ha dicho que por una muger. Lo creemos, pero esta muger para nosotros es la España. Es la muger insoportable de que se queja en todos sus escritos, y de la cual no ha podido verse libre, sino a merced de una onza de plomo. Pobre Larra! Y tan joven, tan hábil, tan gracioso, tan patriota! Ah! España! Ah! España!

Detengámonos un instante. La delicadeza que supone el hecho de consagrar al recuerdo de un colega fallecido en un país muy distante al escenario donde actuaba el autor, un homenaje musical, es decir, en el lenguaje más espiritual posible y en forma de Minué, alado, aligero, extremadamente cortés, que son las caracterizaciones de ese género musical, constituye un alto signo de la estimación que esos americanos redactores de *La Moda* profesaban a Larra. El suelto que transcribí y que según las investigaciones de Oria se debe—como la pieza musical—al propio Alberdi, demuestra además, un profundo conocimiento del carácter de la obra de Larra y de la verdadera significación de su gesto al suicidarse. No ha sido sino muy recientemente que se dijo en España que Larra se mató por no tener con quien dialogar, es decir, porque no existían en su tiempo gentes ca-

paces de comprender sus enseñanzas políticas, sociales, literarias. Tenía razón pues el joven escritor americano de 1837 al atribuir el suicidio de Larra a más de una mujer, a la otra gran Mujer que fué el resumen de todas las aspiraciones del satírico madrileño, a España. ¿No se adelantó en muchos años nuestro Alberdi con esa interpretación social suya de la muerte de Larra, a la interpretación posterior de la generación española del 98? ¿Quién entendió mejor entre sus contemporáneos al desaparecido Fígaro: Molins, Zorrilla—que luego había de renegar de su recuerdo y llamarlo malvado—Cayetano Cortés, o cualquiera de los “amigos” que sobre él, y a raíz de su muerte, dejaron que se hiciese el silencio, y floreciese la calumnia, o este desconocidísimo colega americano, separado del teatro donde actuó Fígaro, por millares de leguas marítimas?

Y es que la obra de Larra, como la de todos los grandes españoles surgidos con posteridad, Galdós, Ganivet, etc. tuvo en América enorme resonancia espiritual. Ya se ha dicho que data de 1838—es decir, sólo un año después de la desaparición del autor—, la primera edición que con pretensiones de completa, se ofreció al público lector del continente, edición que se conoce, entre los estudiosos de Larra, como la edición de Montevideo, por ser esta ciudad donde apareció impresa, en aquella lejana fecha. Esa edición, rarísima hoy día, trae en los tres volúmenes de que consta, artículos de Larra que no han sido reimpresos en ninguna otra, sin duda por desconocimiento de los sucesivos editores, que positivamente son obra de aquel ingenio, algunos de los cuales resultan muy interesantes para el estudio de las ideas políticas del escritor.

En la misma Montevideo, en lucha ya contra la tiranía de Rosas, se encontraban residiendo numerosos intelectuales argentinos emigrados quienes, en unión de algunos colegas uruguayos, publicaban la revista *El Iniciador* (1838). En sus páginas colaboraron Florencio Varela, Juan M. Gutiérrez-

rez, que también lo hizo en *La Moda*, Juan Carlos Gómez, Andrés Lamas, etc., siendo orientada por Miguel Cané, acerca de cuya labor en esta época nos habla con tanto elogio J. E. Rodó. Según las palabras de otro crítico autorizado, los jóvenes redactores de *El Iniciador*, celebraron alborozados primero la aparición en España del “vuelo triunfal de la mente de Larra, llorando luego en las mismas páginas, en fúnebre certámen, el ocaso prematuro del maestro” (p. 115 del t. iv de *Ideas Est. en la Lit. Argent.* por J. M. Rhode). En ese certámen se premió el trabajo de Miguel Cané: “el estudio de la personalidad y la obra de Mariano José de Larra, que publicado en ocasión de la muerte del gran escritor, constituye un juicio definitivo y perfecto, que hoy (son palabras de Rodó en 1919, *El Mirador de Próspero*, p. 305) podría figurar sin alteraciones en el texto de una historia literaria”. ¿Hasta cuando no se intentó en España el juicio definitivo de la obra de Larra?

Volvamos a Alberdi y a las páginas de su simpática revista. En este escritor argentino—compañero ahora y rival más tarde de otro gran admirador de Larra, Sarmiento—fué tal la influencia de Fígaro, que existen estudios especiales destinados a demostrarla en parte de sus obras. Basta recordar que, entusiasmado, adopta para firmar su producción el seudónimo de Figarillo. El mismo Alberdi nos explicará el motivo en su conocido artículo *Mi Nombre y mi Plan*: “Por muchas razones me llamo Figarillo y no Fígaro. Primero, porque este nombre no debe ser tocado ya por nadie, desde que ha servido para designar al genio inimitable cuya temprana e infausta muerte lloran hoy las musas del siglo. No hay mejor modo de hacerse burla a si mismo que ponerse un nombre de coloso, siendo uno pigmeo”. “Me llamo Figarillo en segundo lugar, porque yo no entro tan en lo hondo de las cosas y de la sociedad como el Cervantes del siglo xix”. “Me llamo Figarillo y no otra cosa, porque soy hijo de Fígaro, es decir, soy un

resultado suyo, de modo que si no hubiese habido Fígaro, tampoco habría Figarillo: yo soy el último artículo, por decirlo así, de la obra póstuma de Larra". "Me llamo Figarillo porque el genio de Larra ha conseguido hacer sinónimos su nombre y la sátira, y el figarismo es hoy la comedia", etc. (*La Moda*, Dic. 16 de 1837). En ese mismo número, en la pág. 3, se reproduce de *El Turia* (?), una *Necrología*, seguramente publicada en España, donde se da cuenta del entierro de Larra en Madrid y en la que se lee: "la sombra de aquel cuerpo, a quien se prodigaban los últimos honores, se alzaría gigantesca a pesar de la envidia de sus émulos y del odio de sus enemigos". Y a continuación, un fragmento de la tantas veces reproducida poesía de Zorrilla a la memoria de Larra, de la que no tardaría en avergonzarse públicamente, y para oprobio suyo, el propio autor. En una anterior entrega de *La Moda*, Dic. 9 de 1837, contestando Alberdi a un crítico del *Diario de la Tarde* que impugnaba en sus artículos satíricos, le dice: "Si en Buenos Aires existe el ridículo, también existe en él la crítica que destroza este ridículo". "Larra burlándose de la España, atesta un progreso de la España, porque Larra es la expresión de la joven España que se levanta sobre las ruinas de la España feudal". "Por lo demás, no es cierto que la sátira no exagere nunca: decir eso es no haber leído a Larra, ni saber lo que es arte ni poesía. ¿Conque Larra no exagera cuando pinta suspendiéndose en el aire el caballo del carro de alquiler a medida que el lacayo subía a la zaga?" etc., etc. "No es cierto tampoco que Larra haya consumado una misión, la ha iniciado apenas en su siglo. Toda una vida no le habría bastado a completarla. Con cien sátiras, no se completa la destrucción de una sociedad feudal". "Por otra parte Larra, que no basta a la España, basta mucho menos a la América, que teniendo vicios y preocupaciones que le son privativas, necesita una crítica americana completamente nacional. La mitad de Larra nos es útil, porque la

mitad de nuestra sociedad es española; pero Larra no ha podido adivinar las preocupaciones americanas, aun cuando hubiese escrito para América”.

En el No. 9 del periódico que examinamos, se reproducen fragmentos de la obra de Fígaro bajo el siguiente subtítulo: *Bellezas de Larra*. En el 18, en un artículo titulado *Album Alfabético*, se le cita como autoridad filológica, Larra partidario de la modernidad del lenguaje: “ni somos ni queremos ser puristas” y se reproducen otras frases suyas. En el 22 vuelven los redactores de *La Moda* a citar a Larra en un interesante artículo: *Reacción contra el españolismo*, en cuyo trabajo se combaten los vicios pervivientes de la colonia en la joven República Argentina, tomando para ello argumentos y palabras de la Nueva España encarnada en Larra.

El examen, la simple mención de los numerosos artículos, no sólo de Alberdi, sino de los demás colaboradores de *La Moda*, que se encuentran inspirados por ideas de Larra pensadas para España y aplicadas a nuestra América, alargaría demasiado estas páginas. El mismo Alberdi al cesar la publicación de *La Moda*, continuó imprimiendo en *El Indicador* de Montevideo, sabrosos artículos de costumbres: *Figarillo de Centinela*, *Condiciones de una Tertulia de Baile*, *La Generación Presente a la Faz de la Generación Pasada*, etc., acompañándolo en esta tarea Juan Ma. Gutiérrez que también se dedicó por algún tiempo al costumbrismo. Rodó ha resumido la labor de Alberdi en ese aspecto de su producción diciendo: “Los cuadros de costumbres que publicó son, sin duda, de las mejores y más duraderas páginas que por aquel tiempo inspiró, en España y América, la imitación de las de Fígaro, y constituyen el más aproximado trasunto de la manera del genial escritor, en su parte de observación y de ironía, aunque ningún parentesco presentan con otros aspectos, quizá más característicos y dominantes, de su obra. Faltaba en Alberdi aquel fermento román-

tico que entró por mucha parte en la complejidad del alma de Fígaro; el pesimismo ingénito con que solía desleír en lágrimas acerbas la pastilla de color de la sátira. En la naturaleza literaria de nuestro escritor no era nota que vibrase muy alto, el sentimiento, y por otra parte, su profunda fe en la virtud de las ideas que dieron inspiración y norma a su crítica, no parece quebrantarse jamás, como en el maestro, por la desconfianza o la duda". (*Op. cit.* p. 333).

Ya desde 1846, Esteban Echeverría, aludiendo a estas producciones del autor de tantos trabajos fundamentales en el ideario americano del siglo pasado, lo había llamado, en elogio supremo, "un Larra americano".

Y no fué sólo en ese género literario en el que Alberdi y sus amigos imitaron a Larra. Adaptarán para el medio argentino las ideas sociales del Maestro y llevarán su penetración hasta a copiarle sus fallas aparentes. Se ha reprochado por críticos que no ven más allá de sus narices aquellos conceptos de la obra de Fígaro en que el genial satírico parece elogiar la situación reinante en España. Azorín, hace ya muchos años, ofreció la clave de esos *elogios* desentrañando el verdadero pensamiento revolucionario del autor. Quien ha dado de modo esencial con la explicación de esta fase psicológica de Larra—fase aparentemente conformista—fué mi desaparecido amigo el eminente profesor de Literatura Española en la Universidad de Princeton, Frederic C. Tarr, la mayor autoridad sobre Larra y su obra en los días actuales, quien calificó ese modo de expresarse nuestro autor en el manejo del cual nadie ha podido superarle, en la certera frase inglesa: *Ironic Praise* (alabanza irónica). Alberdi o sus compañeros, en sus elogios al gobierno de Rosas, no hicieron más que aplicar a la Argentina de sus días la fórmula de Larra para la España de Calomarde, su monarca Fernando VII, el Deseado, y sus dignos descendientes. A casos típicos de esta imitación consciente de la manera de Larra por Alberdi, me referiré enseguida.

c). *La Moda*, "gacetín" femenino y periódico revolucionario

Este periódico semanario de los jóvenes argentinos de 1838, a pesar de su inofensivo subtítulo, trataba en sus páginas temas que no podían menos de alarmar a Rosas y al sistema que el tirano representaba. Los redactores del "gacetín" se atrevieron a estampar la palabra socialismo (?); a desarrollar asuntos como el de la literatura como expresión de la libertad; a tratar del interés del bien público; la aplicación del pensamiento a las necesidades serias de la sociedad; la influencia de la democracia en la moda femenina. . . . Se combatía el feudalismo en todas sus manifestaciones: literaria, histórica, política, y al hacerlo se combatía a Rosas sin nombrarlo. Se hablaba allí del destino social de la mujer. En números sucesivos sus redactores—lectores omnívoros—citan con suficientes elogios para demostrar la absoluta compenetración con los ideales mantenidos por éstos, a europeos de la época: Mazzini, que entonces hacía su aparición en el escenario mundial; Tocqueville, el hoy olvidado autor de la *Democracia en América*, cuyas conservadorísimas doctrinas resultaban subversivas en aquel medio; Lerroux, original pensador de aparente fondo revolucionario; Saint-Simon, "noble pero como Mirabeau y Byron, el primer enemigo de la nobleza" Todo esto había que mezclarlo, claro, a artículos sobre peinados femeninos, trajes para andar (sic) a caballo, muebles, sombreros, colores en boga y hasta el corte que debían tener los pantalones de los elegantes masculinos del día. Los redactores del *gacetín* trataban estos asuntos un poco en humoristas, satisfechos de poder hablar de los temas primeramente enunciados, aun a trueque de imprimir en cada número el obligado grito de ¡Viva la Federación! que también tendría que prodigar Sarmiento en *El Zonda*.

El investigador argentino J. A. Oria en el erudito e interesante Estudio preliminar que ilustra a la reproduc-

ción fascimular de *La Moda*, impresa en Buenos Aires hace dos años, sostiene que en ningún otro periódico de la época de los que defendían a Rosas, pueden encontrarse elogios más fervorosos de la obra del tirano que en el semanario redactado por Alberdi y sus compañeros. Esto puede ser cierto. Solo que Alberdi y sus amigos escribían bajo condiciones que no les permitían más que hacerlo así o desaparecer del terreno en que a ellos les interesaba mantenerse por el momento. Estos elogios forzados, no son ni más ni menos que análogos a los dedicados por el *Pobrecito Hablador* a determinadas medidas gubernativas de Fernando VII en páginas que han quedado en la literatura universal como ejemplo de *alabanza irónica*. Los muchachos de *La Moda* al referirse a coincidencias cronológicas entre la fecha en que Rosas fué exaltado al poder y aquella en que había muerto Cristo 1800 años antes—o al acierto popular en *elegir* para su adorno ciertos colores—no hacen nada más que seguir los múltiples ejemplos que de esta manera de Larra pueden encontrarse en sus páginas. Si el Maestro se permitió proceder así, sus discípulos de este lado del Atlántico no encontraron nada mejor que aplicar sus procedimientos, quizás exagerándolos ingenuamente, a las circunstancias americanas, las mismas que trataban de transformar. Y que la propaganda revolucionaria del *gacetín* cumplía su propósito a pesar de esos *elogios* y de los ¡Vivas! obligados, lo prueba terminantemente, como dice con acierto Aníbal Ponce, en que “Rosas, que vigilaba siempre”, “no se dejó engañar por los vivas a la Federación, como no se había dejado engañar tampoco por el gacetín, en apariencia inocente, de *La Moda*”.

d). *Modos de entender el Romanticismo*

A pesar de todo cuanto se ha escrito en torno al Romanticismo, todavía no se está de acuerdo—creo que por culpa de los críticos—ni siquiera en la definición con que

debe caracterizarse ese suceso intelectual cuya aparición, desarrollo y desviaciones, tanto influyeron en el curso del pasado siglo en todas las esferas de la actividad humana. Mucho menos han logrado ponerse de acuerdo esos buenos señores respecto al contenido de esa buscada definición. Ensayistas locales hay por nuestros países de América que en trabajos de "estética" de no más de cuarenta páginas en torno al problema, encuentran veintiséis elementos esenciales, sólo en las manifestaciones literarias de esa tendencia. Veintiséis, es decir, el alfabeto de la A a la X. El ensayista en cuestión olvidó en esa enumeración acuciosa, el *sentimiento de la liberación humana*, que afortunadamente impregna tantas obras literarias y artísticas del período en sus ulteriores etapas: Schiller, Heine, en Alemania; Byron, Shelley y Campbell en Inglaterra; Beranger y tantos otros en Francia—para no mencionar a los innumerables epígonos americanos—y Delacroix en la pintura por ejemplo. Para una próxima enumeración el crítico aludido podrá aumentar su lista—a no ser que se lo impidan afinidades electivas en contrario—con este otro *elemento* ya que le quedan letras para ello.

En España no se aceptó el Romanticismo al principio ni fácilmente, por los motivos que con tanta lucidez y conocimiento de causa expone el ya citado Frederic C. Tarr en su magistral tesis: *Spanish Romanticism & Romanticism in Spain*, Liverpool 1939. En ese país los contrarios del romanticismo en su origen, lo fueron precisamente porque supieron descubrir en él su identificación con la reacción política. Razón suficiente tuvieron los impugnadores españoles del movimiento—Mora entre otros—para rechazar en esa su primera faz la influencia literaria que les llegaba a través de las producciones de Chateaubriand, Bonald y De Maistre, porque estos escritores, que formaron en esa etapa inicial el Romanticismo francés, fueron los que, disfrazados con nuevo ropaje literario, expresaban en reacción a la

EL TRIMESTRE ECONOMICO

Revolución Francesa sentimientos hostiles a esa transformación política. Estos portavoces literarios de la nueva tendencia—como los Schlegel en Alemania—utilizando elementos estéticos ya empleados por los ingleses, expresaban como apunta certeramente Jean Freville: “El sentimiento despechado de la nobleza desposeída que lamentaba la desaparición de la edad media, lloraba los tiempos revueltos de su dominación, se exaltaba a la sombra de las catedrales acogiendo de nuevo el sueño imposible de una sociedad patriarcal fija en una jerarquía inmutable. Esta nobleza arruinada y desenfrenada dió al romanticismo sus temas reaccionarios, la apoteosis de la religión y de la caballería, el culto de los primeros mártires cristianos y el entusiasmo por las hazañas de los bravos”.

Contra esta forma de romanticismo habían de rebelarse naturalmente Alberdi y sus corredactores. Leamos sus propias palabras: “Ni somos ni queremos ser románticos. Ni es gloria para Schlegel, ni para nadie el ser romántico; porque el romanticismo de origen feudal, de instinto insocial, de sentimiento absurdo, lunático, misántropico, exéntrico (sic), acogido eternamente por los hombres del ministerio, rechazado por los de la oposición, aparecido en Alemania en una época triste, en Francia en época peor, por ningún título es acreedor a las simpatías de los que quieren un arte verdadero y no de partido, un arte que prefiere el fondo a la forma, que es racional sin ser clásico, libre sin ser romántico, filosófico, moralista, progresivo, que expresa el sentimiento público y no el capricho individual, que habla de la patria, de la humanidad, de la igualdad, del progreso de la libertad, de las glorias, de las victorias, de las pasiones, de los deseos, de las esperanzas nacionales, y no de la perla, de la lágrima, del Angel, de la luna, de la tumba, del puñal, del veneno, del crimen, de la muerte, del infierno, del demonio, de la bruja, del duende, de la lechuza, ni toda esa cáfila de zarandajas cuyo ridículo

vocabulario constituye la estética del romanticismo". (*La Moda*, No. 8, págs. 3 y 4).

Estas palabras de Alberdi tienen su ascendiente inmediato en las que escribía Larra apenas dos años antes: "Dar-nos una literatura hermana del antiguo régimen y fuera ya del círculo de la revolución social en que empezamos a interesarnos es tiempo perdido, pues solo podría satisfacer ya a la última clase y esa no es la que se alimenta de literatura". Al referirse Larra a "última clase", se refiere precisamente a la nobleza desposeída de que habla Freville.

Pero el romanticismo fué algo más que esa regresión literaria e ideológica al medievo contra la que protestaron Larra y Alberdi. El mismo crítico francés citado, Freville, —refutando el concepto de Pablo Lafargue al enjuiciar éste unilateralmente ese movimiento como *literatura de clase*,—hace distinguir que además de la nobleza desposeída también utilizó esa forma de expresión la segunda clase, es decir, la burguesía—cuyo predominio coincide con el romanticismo como afirmó Lafargue—y que convertida "en clase dominante toma de la nobleza alguno de sus gustos y costumbres", viéndose obligada "ante la amenaza de los jacobinos, hebertistas, los partidarios de Babeuf y las masas revolucionarios procedentes del pueblo, a concluir una alianza tácita con los restos de la aristocracia", fenómeno que como sabemos se produce, no sólo en la esfera literaria, sino en todo el curso de la historia del siglo XIX "en todas las ocasiones en que el proletariado la amenaza en sus privilegios". Pero ni Larra ni Alberdi fueron elementos señaladamente burgueses. Pertenecen por sus orígenes y situación económica precisamente a la tercera clase que encontró asimismo su expresión literaria en el romanticismo, es decir, a la pequeña burguesía progresiva, la que, según palabras del crítico contemporáneo citado, "desilusionada, en parte por la Revolución Francesa, limitada y embridada por el gran capital y las finanzas, amenazada en sus medios de existencia por

el juego de la libre concurrencia, excluída de la gestión política de los asuntos, la pequeña burguesía progresiva hace oír en el romanticismo sus impacencias y sus rebeldías. Crecida en la escuela de los enciclopedistas del siglo XVIII, ansiosa de libertad, indómitamente individualista, la democracia revolucionaria, donde se codeaban pequeños burgueses y obreros, chocaba contra las restricciones y servidumbres del capitalismo que la exasperaban y herían”.

Por esta causa, cuando el romanticismo deja de ser, al rededor de la década de 1830 a 40, exclusivamente, la expresión literaria de la nobleza desposeída y de la burguesía satisfecha, para convertirse también en vehículo de las aspiraciones de la última clase descrita, Larra en España y los jóvenes argentinos que siguen sus enseñanzas, pueden proclamarse adeptos de esta escuela. Sólo entonces podrá Esteban Echeverría, en célebre polémica contra el reaccionario español Alcalá Galiano afirmar que “el movimiento de emancipación del clasicismo y la propaganda de doctrinas sociales del progreso se empezó en América antes que en España y que las únicas notabilidades verdaderamente progresistas que admitían de este país, eran Larra y Espronceda—contrapuestos a Zorrilla—porque los primeros sí aspiraban a lo nuevo y original en pensamiento y forma”. Se ve claramente en estas palabras de Echeverría, mentor de toda la juventud argentina de la época, que él también había aceptado las ideas de Larra cuando éste sostiene que “en momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas, y derribando ídolos, proclama en el mundo la libertad moral a la par de la física porque la una no puede existir sin la otra”, la literatura ha de ser expresión de ese momento y puesto que si “en política el hombre busca *verdades*”, en la literatura no debe encontrarse sino esto. “Libertad en literatura como en las artes, como en la industria, como en la conciencia”. “Literatura en

fin, apostólica y de propaganda, enseñando verdades a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre no *como debe ser*, sino *como es* para conocerlo”.

En España y en América y en el caso que trato, en Argentina, el romanticismo literario tiene numerosos representantes intelectuales en dos de las variedades en que acertadamente las divide Freville. La “nobleza desposeída” no podía presentarse en este continente (excepción de casos aisladísimos, Felipe Pardo en el Perú) sino en forma de satisfechos con la nueva realidad política existente, el status económico de la colonia superviviente bajo la República: Bello y su compenetración filosófica con Portales; el italiano De Angelis y su estrecha relación con Rosas, etc. Víctor Hugo, representante típico y supremo de la segunda variedad descrita por Freville, llega por compenetración ideológica, a encontrar eco fiel en la musa plácida y bien situada del propio Bello. Influencia directa de Beranger se encuentra en infinidad de poetas americanos que pertenecieron, como Larra en España, a nuestra pequeña burguesía revolucionaria y por eso el español encontrará tanto eco entre los jóvenes escritores del Plata y de Chile. Ejemplar el más avanzado de la democracia revolucionaria en su época y en España, tenía que ser el que más hondamente influyera en el nuevo ideal americano y en las obras que lo representan. Así no ha de extrañar al lector que crítico tan acucioso como J. M. Rhode, en su ya citada obra, se refiera en páginas numerosas a la influencia de Larra en autores tan alejados entre sí como Alberdi; Sarmiento a quien luego estudiaremos; José Mármol, en cuyos dramas *El poeta* y *El Cruzado* encuentra Rhode influencia de Fígaro en unión de la de Dumas, padre, etc.; J. M. Gutiérrez, a quien ya me he referido; prolongándose la huella hasta escritor tan típicamente argentino y de generación posterior como Lucio V. López, uno de cuyos personajes, don Polidoro Rosales, no obstante su criollismo, es, según Rho-

de, la réplica argentina de Don Braulio, el castizo personaje de Larra en *El Castellano Viejo*.

e). *Larra y los Sansimonianos argentinos*

El grupo de escritores argentinos que siguieron las enseñanzas políticas, económicas y literarias de Esteban Echeverría—maestro vivo indiscutible de aquella generación de 1838—ha sido designado con el apelativo de jóvenes sansimonianos nada menos que por el preclaro José Ingenieros (*La ev. de las ideas argen.* t. II, Bs. Aires 1920). Ese núcleo es el mismo que integran casi en su totalidad los escritores que Ricardo Rojas agrupa y estudia bajo el nombre de los “proscriptos”. En realidad, con todo el respeto que merece el dilecto autor de *Los Tiempos Nuevos*, *El Hombre Mediocre*, etc., creo que su designación es exagerada. Además tengo noticias de que el asunto ha sido planteado y resuelto en la Argentina en sentido contrario al propuesto por Ingenieros. Las citas de Saint-Simon, que se pueden encontrar en el *Dogma Socialista*, de Echeverría, son escasísimas y en *La Moda* sólo se encuentra su nombre en dos o tres ocasiones. Al escribir Echeverría sus *Palabras Simbólicas* en Junio de 1837 sólo en el párrafo III, apdo. 4, *Igualdad*, es cuando ocurre hacia el final la única cita de ese pensador francés: “El problema de la igualdad social—dice el argentino—está entrañado en este principio “a cada hombre según su capacidad, a cada hombre según sus obras” y después, una llamada para indicar que toma estas últimas palabras de Saint-Simon. Y por esta mención del pensador francés de principios del siglo pasado, ocurren en el citado trabajo del argentino ocho de Mazzini, de su *Joven Europa*; una de Pascal, varias de Lammenais y hasta dos del Evangelio. Sólo en 1847, al hacer la defensa de su *Dogma* que había atacado en Buenos Aires el italiano De Angelis—aquel “napolitano degradado”, turiferario de Rosas—que, vuelve Eche-

verría a hablar de Saint-Simon, y aunque como es natural ensalza sus doctrinas junto a las de Fourier, Considerant y Enfantin, frente a los ataques de aquel, rechaza enfáticamente el calificativo de Sansimoniano: “¿dónde, pregunta Echeverría, en qué página de mi libro ha podido hallar Ud. rastro de las doctrinas de Saint-Simon? ¿por qué no me lo cita?” “¿Hay algo más en todo él que una fórmula económica de Saint-Simon adoptada generalmente en Europa y aplicada por mí a toda la sociabilidad?”

De lo que sí están llenas ideológicamente las páginas del *Dogma* es de conceptos de Lammenais, especialmente las *Palabras* y el célebre *Manifiesto* a la juventud argentina fechado en Agosto de 1837. El célebre ex-sacerdote francés, temperamento revolucionario, se había declarado ya rebelde a la autoridad del Papa y había publicado en 1834 *Paroles d'un Croyant* que Larra había traducido magistralmente al castellano en Septiembre de 1836 con el título precisamente de *Dogma de los Hombres Libres*. El examen minucioso del célebre escrito de Echeverría comparado con esta traducción de Larra en la que tanto puso de su pensamiento original el escritor madrileño radicalizando y racionalizando los conceptos del autor francés, demostraría hasta que punto está impregnada la obra del argentino de la general de Fígaro. Algo de esta labor ha iniciado ya el erudito norteamericano Alfred Coester en un artículo sobre el tema publicado en el volumen *Homenaje a Varona* pág. 302-07, Habana 1937. Para fijar conceptos me limitaré a citar estos dos únicos ejemplos. Dice Larra: “*El dogma de la soberanía popular* no es solo inalterable como principio abstracto sino que es también necesario como garantía social, porque él es, y solo él, quien fija las verdaderas relaciones posibles entre el pueblo y el magistrado supremo, llámese príncipe o no, a quien está cometida la dirección de la cosa pública. Fuera de él no puede haber sino monopolio y violencia”. Echeverría en su citada refutación

a De Angelis escribe: "Ahora bien, la revolución de Mayo nos ha dejado por todo resultado, por toda tradición y por todo Dogma—*la Soberanía del pueblo, es decir, la Democracia*". Es que la influencia de Larra—como he dicho antes—sobre estos jóvenes argentinos, sansimonianos como los llamó ingenieros, o mazzinianos como quiere Pascual Guaglianome (cit. por Oria op. cit. p. 60) que se les designe, es superior en intensidad a la que pudieron ejercer Saint-Simon o Mazzini, Fortuol, Lerroux, Viardot y Lerminier, en fin, todos los autores citados por los redactores de *La Moda* y por el propio Echeverría.

El mismo uso de la palabra *socialista*—cualquiera que sea el significado que quieran encontrarle hoy críticos interesados a esta palabra empleada por argentinos de hace un siglo—tanto en el *Dogma*: "Mucho tiempo hace que andamos como todos, en busca de una ley de criterio socialista, etc.", como en el suelto de Alberdi publicado en el No. 2 de *La Moda* al ofrecer su Minué Figaro, cuando dice "los que deseen una muestra cabal de literatura socialista y progresiva lean a Larra", indica cómo los argentinos de 1837 supieron ver en el escritor español, adelantándose en mucho a la crítica actual, un verdadero maestro de revolución necesaria, cuyas ideas impusieron en aquel medio americano tan necesitado de una renovación total como Larra aspiraba a que se efectuase en España. Los tres superaron la etapa política en que vivía el resto de sus contemporáneos. Para Larra fueron iguales dentro de los isabelinos, los progresistas o los moderados. Y el propósito de Echeverría, una vez lograda y mantenida la independencia fué que "la juventud argentina se desvinculase de los dos partidos en que venían ensangrentando la república sin constituirla", como dice acertadamente Ricardo Rojas.

En este sentido general, el que apunté al principio del trabajo, fué como en las márgenes del Plata influyó Larra de tal modo que se llegaron a integrar asociaciones

políticas para difundir y sostener nuevos principios revolucionarios sustentados y proclamados en lengua española por primera vez, por este ingenio original. En líneas esquemáticas puede afirmarse que Larra es el animador intelectual de la famosa y combativa *Asociación de Jóvenes* que “a fines de Mayo del año 1837—fundó Echeverría—para los que quisieran consagrarse a trabajar por la Patria”, para decirlo con las propias y emocionadas palabras del maestro argentino.

f). Conocimiento de Fígaro en Sarmiento

Tampoco fué ajeno a la general admiración y entusiástica aprobación que entre los escritores argentinos del 37 despertó la figura de Larra el genial pensador y original político de la misma nacionalidad, Domingo F. Sarmiento. Este escritor que permanecía en provincias mientras en Buenos Aires sus contemporáneos fundaban el Salón Literario y la Asociación de Jóvenes, agrupándose luego en la redacción de *La Moda*, es seguro que tuvo conocimiento de Larra a través de lo que de él dijeron los redactores del *gacetín*, principalmente Alberdi, su amigo entonces y su decidido adversario más tarde. Pero no fué hasta después que se estableció en Chile, durante su primer destierro, que Sarmiento habló de Larra. Su llegada a este país la caracteriza su mejor biógrafo, Anibal Ponce, diciendo que llegó “como un ventarrón, golpeando puertas, rompiendo vidrios, despertando a las gentes de su sueño”.

En Chile, “con la gramática en una mano, el código en la otra, Andrés Bello señoreaba indiscutido sobre el tranquilo escenario” intelectual de la conservadora república. La juventud “encogida y perezosa”—son palabras de Ponce—lo diputaba como único maestro. El raro y versátil escritor español José Joaquín Mora había tenido que abandonar ese país sólo porque levantó bandera heterodoxa contra las enseñanzas clásicas y conservadoras del venezolano.

Y para combatir el código y la gramática que Bello enarbolaba y que se habían convertido en símbolos de la situación existente, Sarmiento se valió a más del *stock* de ideas originales que traía en su potente cerebro, de un libro español que no era un libro como diría más tarde de “los artículos de periódico de Larra”. A poco de su llegada a Santiago el argentino comienza a escribir sobre *omnia re*. El historiador de la literatura argentina, Rojas, refiriéndose a esta labor ciclópea de su compatriota en Chile apunta que Sarmiento “escribe todo aquello con el espíritu jovial de Larra”. Una de las primeras plazas que desempeña es la de crítico teatral en el *Mercurio* (P. L. Echagüe: *Hombres e Ideas*, Bs. Aires 1928, pág. 37-68). Coincidió esta actividad del emigrado con la aparición en los escenarios chilenos de *Hernani* y otras piezas características del período. El novel crítico, que según su propio dicho “hallaba a Larra mejor que a Moratín” se apresuró a declararse ferviente partidario del primero con motivo del estreno en Santiago del drama titulado *El Desafío*, original del escritor y actor francés M. Lockroy, que había traducido y arreglado Mariano José de Larra con su anagrama Ramón de Arriala. Por cierto que ésta es la ocasión de decir que en el Buenos Aires de la época de Rosas, dentro del reducido y pobre repertorio teatral que se permitía, se llevó frecuentemente a escena, junto con el *Macías*, el *Arte de Conspirar* que fué otra de las piezas que tradujo Larra (Rojas, *op. cit.* t. 3, p. 474-75, nota). En el suelto del *Mercurio* de 22 de Julio de 1841 en el que Sarmiento da cuenta del estreno en Santiago de *El Desafío*, llámase a Larra “célebre y malogrado” y se deduce—por el modo reticente de tratar a los actores— que la representación no fué muy buena. En los sucesivos artículos de crítica teatral el argentino se percibe claramente inspirado en las ideas del español, como es fácil deducir de su lectura.

En otro artículo titulado *Las Obras de Larra*, que apa-

rece en el *Mercurio* de 31 de Agosto del mismo año (reproducido como los otros que cito en el t. I de *Obras* de D. F. Sarmiento, Santiago de Chile 1887) vuelve éste a ocuparse del insigne escritor español dando suelta esta vez a su ingenua y fervorosa admiración. Por cierto que este viejo artículo de Sarmiento confirma la tesis de españolismo —apuntada ya por Unamuno— del escritor argentino que ha expuesto en días actuales mi amigo Andrés Henestrosa, quien sostiene que los enconados ataques de Sarmiento a la exmetrópoli no fueron, como en el caso de Larra, por odio sino por amor. Leamos de nuevo algunos de los conceptos que Sarmiento escribiera hace 99 años: “Nosotros somos una segunda, tercera o cuarta edición de la España; no a la manera de los libros que corrigen y aumentan en las reimpresiones, sino como los malos grabados, cuyas últimas estampas salen cargados de tinta y apenas inteligibles. Sus vicios son los mismos de los que adolecemos nosotros, hijos de tal madre, y nuestras costumbres no le van en zaga; así es que lo que allá se ha escrito nos vendrá siempre de perlas”. “La revolución que a nuestra vista se efectúa en la península española dormida por tantos siglos bajo la influencia letárgica del despotismo que vigilaba su sueño, ha despertado la actividad del pensamiento de sus moradores e improvisados genios que, a la par de sus guerreros, lidiando por destruir las fuerzas materiales que se alzaban en apoyo del oscurantismo, han trabado descomunal batalla contra las costumbres indolentes, las añejas preocupaciones i los arraigados abusos que, más que las mismas leyes e instituciones bárbaras i arbitrarias, prestan poderoso i permanente auxilio a los déspotas, haciendo ilusorias todas las tentativas de mejora que los pueblos o sus representantes intentan para cambiar la condición de una nación. Sin la mejora de las costumbres, las constituciones democráticas son una burla; sin amor por la libertad, las garantías son un nombre vano; sin interés por la cosa pública, la

prensa se convierte en instrumento de opresión i el voto universal en sanción del despotismo. De aquí es que en los países que acaban de conquistar su libertad, es necesario, según madama Stael, que la sátira, ridiculizando errores envejecidos, retraiga de ellos a los jóvenes, i que el desencanto producido por la convicción, rectifique las ideas de la edad madura". "Los pueblos que entran de improviso en los caminos que conducen a la libertad, más apego tienen a sus preocupaciones i a sus antiguos hábitos, que amor verdadero i entrañable a la libertad misma; semejante en esto al entusiasta que envidia las ilusiones i los encantos de la pintura, pero que deja caer el lápiz de la mano cuando se le quiere enseñar el medio de ejecutarlo". "Quijotes, pues, se necesitan, que buscando aventuras i trabando por doquier caballerosas pendencias, extingan estos últimos restos de una época decrépita, aunque los nuevos paladines hayan de salir molidos i asaz mal parados de la contienda; i la España ha producido ya algunos que han desempeñado con harta gloria la gran misión de su época. El joven don Mariano J. de Larra, de tan cara memoria, es uno de estos espadachines de tinta i papel que acometiendo de recio contra las costumbres rutinarias de su patria, contra un orgullo nacional mezquino y mal alimentado, contra hábitos de pereza y abandono, supo abrirse paso por entre la enemistad i el odio de sus contemporáneos a quienes hirió de muerte en sus preocupaciones, labrándose una reputación que le sobrevivirá largo tiempo, i que es hoy uno de los raros i gloriosos timbres de la corona literaria de la España moderna. El justamente llorado Larra no ha escrito un libro como Cervantes, ha escrito atento a las necesidades de su época, *artículos* en los periódicos". "Sabio sin ostentación, profundo sin pedantismo i elocuente sin énfasis, Larra, arrojando diariamente sobre la sociedad los dardos de su sátira punzante, enérgica i correccional, irritado de corazón contra los males de la sociedad, riéndose de ra-

bia i de vergüenza al contemplar a su país aherrojado por las preocupaciones cuyo peso no acierta a sacudir aunque haya tenido valor suficiente para arrostrar en los campos de batalla, en las breñas de los cerros i en las emboscadas de los caminos la rabiosa sed de sangre de los partidarios del despotismo”; “Larra decimos, ha introducido en su país i creado a un tiempo, un jénero de literatura que por todas partes se esfuerzan en imitar i que hace de sus escritos un legado i un patrimonio para los pueblos que hablan la lengua castellana a cuyas costumbres y necesidades se adaptan maravillosamente. Las sales con que sazona su crítica no son el mayor mérito de estos escritos de circunstancia; hai además una tendencia en ellos tan pronunciada, tan sostenida, *de referirlo todo a la política, al descrédito de las viejas ideas* (el subrayado es mío) a la difusión y valimiento de las liberales, que puede decirse de aquella, que es la *crítica aplicada a los intereses sociales*; (el subrayado es de Sarmiento) i donde quiera que haya gobierno por establecerse, costumbres añejas que combatir, quisquillas de nacionalidad que moderar, e ideas nuevas que introducir, Larra será el libro ameno, útil e instructivo”.

Este artículo lo termina Sarmiento diciendo que “la colección de los artículos de Larra forma hoy día el libro más popular que pueda ofrecerse a los lectores que hablan la lengua castellana”. Y no olvida de advertir que además de a la política las ideas de Larra sobre literatura “sin pretensiones clásicas, sin desenfreno romántico, pueden ser reputadas como modelo digno de imitación en países como los nuestros”.

Llegó a más Sarmiento en su compenetración con la obra del joven maestro español. En lo más recio de su polémica de meses y de años con Bello y sus discípulos en la que estuvieron al lado de Sarmiento sus compatriotas Vicente F. López, Juan M. Gutiérrez, logrando al final captarse las simpatías de la juventud chilena, el argentino, en-

vía a su periódico un comunicado anónimo titulado: *La Cuestión Literaria*, que se publica el 25 de Junio de 1842 con el siguiente epígrafe: “El escritor no es el hombre de una nación; el filósofo pertenece a todos los países, a sus ojos no hay límites, no hay términos divisorios; la humanidad es y debe ser para él una gran familia”, suscrito por el supuesto autor anglo-ruso Lord Agirof. Este comunicado que ocupa más de tres largas páginas en su reproducción del tomo I de las obras de Sarmiento está íntegramente compuesto de párrafos de Larra publicados en distintas ocasiones y refiriéndose a diversos asuntos pero todos perfectamente encajados por convenir así a la defensa de las ideas que Sarmiento sustentaba en su polémica contra los conservadores. A los cinco días de esa publicación y esta vez en un artículo suscrito por el propio Sarmiento titulado *¡Raro Descubrimiento!*, el argentino, burlándose de sus contrarios, pone en claro quien es el verdadero autor del escrito y aprovecha la ocasión para poner una vez más de manifiesto, la absoluta concordancia de sus ideas con las que había emitido Larra algunos años antes al examinar con criterio certero el panorama de la vida española de su época y terminar diciendo—después de declararse como Larra partidario y creyente en el progreso humano y en consecuencia “que el hombre, la sociedad, los idiomas, la naturaleza misma, marcha a la perfectibilidad,—que por tanto es absurdo volver los ojos atrás, i buscar en un siglo pasado modelos de lenguaje, como si cupiese en lo posible que el idioma hubiese llegado a su perfección en una época a todas luces inculta, cual es la que citan nuestros antagonistas; como si los idiomas, espresión de las ideas, no marchasen con ellas; como si en una época de rejección social, el idioma legado por lo pasado había de escapar a la innovación i a la revolución”.

Y cuando Sarmiento visitó, entre indignado y amoroso, la península española el año de 1846, en ocasión de asistir en

Madrid, a una tertulia literaria en la que también se encontraba Ventura de la Vega, compatriota suyo por el nacimiento que había sido íntimo de Larra, el recién llegado se enfrasca en una discusión violenta—que recuerda Ponce—acerca del progreso intelectual—en este caso una reforma ortográfica—del continente americano y la ex-metrópolis, y no vacila en proclamar: “No hemos visto allá más libro español que uno que no es libro: ‘los artículos de periódico de Larra’.”

Después de estas largas transcripciones de los escritos de Sarmiento en su primera época y de la anécdota referida, ¿cabe alguna duda, amigo lector, acerca de la enorme y beneficiosa influencia que Larra ejerció, de modo decisivo, sobre la mente de este alto maestro americano?

g). Figaro, personaje en una novela americana

Cuando Alberdi, tras de su ágiles y recias campañas en *La Moda* de Buenos Aires y en *El Iniciador* de Montevideo, abandona su pseudónimo de Figarillo, contrariamente a los propósitos de “mantenerlo mientras viviese”, como declaró en su artículo citado *Mi Nombre y mi Plan*, no quiere esto decir que deje de perpetuarse en la mente del escritor argentino la saludable influencia del satírico madrileño.

En ocasión de celebrarse en Montevideo el año 1841, el famoso Certámen Poético, en el que fué premiado Juan M^a Gutiérrez, Alberdi razonando el fallo del Jurado—en un interesante trabajo crítico que puede leerse en el tomo 1 de sus *Obras*—citaba a Larra, como autoridad suprema en cuestiones de crítica literaria.

Mi amigo, el enterado investigador zapoteca Henestroza, que se ha especializado en el conocimiento de las obras de los grandes pensadores argentinos Sarmiento y Alberdi, me dice que esa influencia es claramente perceptible en las conocidas *Cartas Quillotanas*, 1852, escritas por el úl-

timo en contra del primero, y se manifiesta sobre todo en el superior manejo que Alberdi hace del idioma castellano, con un estilo que le permite llegar a los grados más extremos de la violencia ideológica sin que pierda el lenguaje sus dotes de elegancia, cualidad característica en Larra.

En el raro libro titulado *Peregrinaciones de Luz del Día o Viajes y Aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*, al que Alberdi llamó *cuento*, concluído y fechado en su destierro en Londres el año de 1871, la protagonista, esa entidad tan abstracta, y no obstante tan perseguida siempre y tan evitada en casi todas las ocasiones por los hombres, que se llama *La Verdad*, cansada de viajar por Europa donde su causa iba a sufrir en breve una tremenda derrota encarnada en la represión contra la *Commune*, se decide a dar una vuelta por este joven continente americano con el objeto de lograr un mejor éxito para su causa en este lado del mundo. Desde su arribo tropieza con entes tan simbólicos como El Señor Tartufo, Don Basilio de Sevilla, Gil Blas, El Cid, Pelayo, Don Quijote, etc., representativos todos, como sabe el lector, de diversas actitudes filosóficas y todos degenerados—lo dice el propio Alberdi—tanto por sus aventuras europeas como por su esfuerzo de adaptación al aclimatarse en nuevas latitudes geográficas. Luz del Día, o sea La Verdad, los va tratando sucesivamente, descubriendo en ellos falsía en sus prédicas, hasta que por último, y después que con el Tenorio, tropieza nada menos que con Fígaro. Hasta ese momento todos los personajes del cuento de Alberdi han intentado que sus intereses personales se beneficien y exclusivamente estos por los esfuerzos de Luz del Día. Por contrario, Fígaro no procederá así. Ayudará con todas sus fuerzas a que Luz del Día logre su objeto desinteresado.

Y es que este Fígaro no es precisamente el simpático personaje de Beaumarchais. Tiene mucho más de los ras-

LARRA Y ARGENTINA

gos humanos de Larra que de los que el revolucionario comediógrafo francés atribuyó al simpático barbero sevillano. En América, este Fígaro de Alberdi había adoptado varios disfraces: escritor, publicista, diputado, es decir, profesiones todas que tanto Larra como Alberdi habían desempeñado y hasta dos más que sólo desempeñó el argentino, pero en las que el primero también pudo haberse distinguido: Orador y “hasta soldado”, dice Alberdi, que sabemos era enemigo del militarismo. Según la definición exacta del argentino, Fígaro, su más querido personaje después de la protagonista, resulta ser “el liberal favorito de Sud-América”, como lo caracteriza. A continuación añade el autor, falsamente engañado como Sarmiento por el espejismo del funcionamiento aparentemente sin vicios de la democracia en Norte-América, que “en los Estados Unidos falta Fígaro porque allí no hay Basilios” (!).

No voy a seguir todas las peripecias y fracasos de la pareja Luz del Día-Fígaro. Encuadraré la exposición diciendo que al adentrarse en su obra, el ya maduro pensador rioplatense se da cuenta de que Larra—por sus inevitables limitaciones de tiempo, falta de preparación filosófica, etc. y quizás por la misma pequeñez del escenario en que le tocó actuar—no pudo ser todo lo que quiso, lo que hubieran querido que fuese todos sus tempranos admiradores de América. Entonces califica a su Fígaro—único personaje a quien siente abandonar Luz del Día—de “intrigante en favor de la libertad”. Valora así Alberdi de modo exacto y en cierta frase, los esfuerzos dispersos, desgraciadamente, que en pro de la revolución social—que supo preveer en sus escritos y ansiaba como nadie—realizó el joven escritor madrileño: Mariano José de Larra, en cuyas enseñanzas clarísimas, dialécticas, revolucionarias, hallaron su inspiración tantos jóvenes americanos revolucionarios de su época que nunca vacilaron en reconocerlo como a un verdadero maestro.